

LAS RATAS Y EL MUNDO DE JUAN LOBÓN: DOS NOVELAS CINEGÉTICAS

Guy H. WOOD
Oregon State University

El propósito del presente estudio es comparar y contrastar dos novelas de dos escritores aficionados a la caza –cuyos argumentos, trasfondos, estructuras y temas surgen de este deporte– con el fin de precisar el papel que lo cinegético desempeña en la creación de su novelística. Estas obras son *Las ratas* (1962), del célebre autor castellano Miguel Delibes y *El mundo de Juan Lobón* (1967), de Luis Berenguer, un escritor de San Fernando (Cádiz), quien, a pesar de haber ganado varios premios literarios, nunca cobró gran fama como prosista y ahora va –inmerecidamente– cayendo en el olvido.⁽¹⁾

El estudioso de la novela española de posguerra sabe que Delibes se califica como «un cazador que escribe novelas»,⁽²⁾ y que ha hecho carrera escribiendo cuentos, tratados y novelas sobre la caza menor deportiva. Pero, en *Las ratas*, lo cinegético en Delibes toma otro rumbo. Se vale de la caza profesional y del furtivismo para acercar a sus lectores al mundo rural de la Castilla la Vieja de los años sesenta. Los personajes principales, el tío Ratero y su hijo, el Nini, viven de cazar y vender ratas, piezas que según Justito, el alcalde villorrio, son «más finas que las codornices».⁽³⁾

(1) Desafortunadamente, Berenguer murió en 1979. Además de *El mundo de Juan Lobón* ha publicado las siguientes novelas: *Marca escorada* (Premio Nacional de Literatura en 1969), *Leña verde* (Premio Alfaguara en 1971), *Sotavento* (1973), *La noche de Catalina virgen* (1975), y una novela póstuma *Tamatea, novia de otoño* (1980).

(2) Miguel Delibes, *Obra completa II* (Barcelona: Destino, 1966), p. 12.

(3) Miguel Delibes, *Las ratas* (Barcelona: Destino, 1971), p. 65. Todas las referencias textuales provienen de esta edición en la página cuyo número se indica entre paréntesis.

Este negocio, junto con la lucha que sostiene el tío Ratero y el Nini con la geografía adusta y las fuerzas políticas que quieren desalojarlos de la cueva donde viven, proporcionan al novelista el espeluznante y triste hilo argumental alrededor del cual gira la novela.⁽⁴⁾

El mundo de Juan Lobón, la primera novela de Berenguer, es la historia de un legendario cazador furtivo de la provincia de Cádiz, supuestamente contada por él mismo desde la cárcel. Mientras espera su sentencia, el preso redacta su «autobiografía» para que todos y en particular su hijo aún no nacido, sepan la verdad en cuanto a su oficio de cazador y los acontecimientos que le han llevado a su encarcelamiento. A través de sus evocaciones Juan Lobón hace lo posible para que quede un resquicio de verdad, de justicia y de honor en un mundo que se desmorona a su alrededor. De ahí, la grandeza y la tragedia de este hombre sincero, cuyo único temor es que su casta «se desnate», se extinga.⁽⁵⁾

Los dos literatos son los bardos de sus respectivas regiones. Delibes ambienta casi todas sus obras en Castilla y León, mientras que Berenguer utiliza la Provincia de Cádiz como el trasfondo principal de sus obras. No debe extrañar, pues, que el tío Ratero y Juan Lobón sean figuras literarias que se basan en dos cazadores reales.

Delibes dice lo siguiente en cuanto al punto de arranque de *Las ratas*:

Este hombre, con un pincho de hierro y un perro, recorría un arroyo de ese pueblo y se dedicaba de mañana a noche a cazar ratas... El conocimiento de este tipo me hizo sintetizar todo el drama de Castilla: la pobreza, la ignorancia, el hambre, la situación en que de hecho se debatía toda una región.⁽⁶⁾

Luis Berenguer conoció a Juan Lobón en el curso de una cacería, en la que éste

(4) *Las ratas* es una obra ampliamente estudiada. Véase los siguientes libros: Edgar Pauk, *Miguel Delibes: Desarrollo de un escritor (1947-1974)* (Madrid: Gredos, 1975), Alfonso Rey, *La originalidad novelística de Delibes* (Santiago de Compostela: Universidad de Compostela, 1975), Agnes Gullón, *La novela experimental de Miguel Delibes* (Madrid: Taurus, 1980). Otros estudios monográficos sobre *Las ratas* se citarán oportunamente a lo largo de este análisis.

(5) Se ha escrito poco sobre la obra de Luis Berenguer. Eso sí, la crítica es tan variopinta como escasa. Antonio Tovar, *Novela española e hispanoamericana* (Madrid: Alfaguara, 1972), p. 281. Afirma: «Luis Berenguer, que no hace mucho nos sorprendió con el espléndido relato *El mundo de Juan Lobón*, y así ganó de una vez un puesto relevante entre los novelistas españoles, confirma su mérito en una nueva obra (*Marea escorada*). Fernando Morán, *Novela y semidesarrollo* (Madrid: Taurus, 1971), p. 336. Escribe: «El libro (*El mundo de Juan Lobón*) de Luis Berenguer, repleto de aciertos, tan sabrosos en muchas de sus páginas, produce una vez que acertamos a echar pie a tierra del corcel caracoleante en que nos rapta— una sensación de irrealidad». Véase también el prólogo que escribe Alfonso Grosso a la *Obra completa* de Berenguer, (Barcelona: Dopesa, 1976).

(6) Delibes. Conferencia pronunciada en Salamanca en agosto de 1973.

hacia de guía.⁽⁷⁾ La amistad de los dos cazadores empezó con los esfuerzos del novelista por conseguir una licencia de caza para Juan Lobón, evitando así que éste fuera maltratado por la justicia. Sin duda, Berenguer se sintió cautivado por la personalidad y la historia de su amigo, factores que le estimularon a intentar escribir una novela que gira en torno a las peripecias y la personalidad de este hombre. Muy consciente de las posibilidades novelísticas del furtivo, y también de su bisonería literaria, Berenguer se apoya en su contacto personal con Lobón y sus propios conocimientos cinegéticos al crear a su protagonista.⁽⁸⁾ Dice Alfonso Grosso: «... a Luis Berenguer hay que verlo y oírlo situado en su verdadero contexto... en la montanera, amartillando una escopeta, ojo avizor...».⁽⁹⁾

Para hacer este análisis, hay que proceder a un breve resumen de las características y personalidades de estos cazadores.⁽¹⁰⁾ Empecemos con *Las ratas*. El tío Ratero y el Nini son cazadores natos. Este es un niño precoz, solitario y sólo caza para que su madre y él puedan sobrevivir. El tío Ratero es un hombre primitivo y de una fisonomía desagradable, si no imponente. Describe Delibes «... los hombres fornidos... sus rudos ojos huidizos» (p. 10). El estado paleolítico de estos cazadores se refleja en su vivienda (una cueva) y su manera de cazar: utilizan una perra y un pincho de hierro. Son otros animales que intentan subsistir en la adusta desolación de Castilla. No obstante, hay que respetarlos porque cumplen su oficio de una manera honrada y justa. La persecución de ratas es su «dedicación exclusiva» y, por eso, ninguno de los dos pretende «exterminar las ratas», puesto que sin ellas no podrían mantener su vida libre e independiente.

Otro cazador de *Las ratas* es Matías Celemín, el Furtivo. Para Delibes, el cazador furtivo, por ser una persona típicamente campestre, es una figura campesina de gran

(7) Véase la foto de Juan Lobón en *Andana*, 8 (Enero, 1986), 19.

(8) Berenguer explica su evolución novelística y la creación de su primera novela, *El mundo de Juan Lobón*, a Antonio Núñez en su artículo «Encuentro con Luis Berenguer», *Insula*, 305, (abril, 1972), 4: «Es mi séptima novela, el primero no tuvo título: el segundo *Aún es de noche*, estuvo en el natal (sic) cuando lo ganó Delibes; el tercero. *La espuma juega en la orilla*; el cuarto se llamó igual que el tercero, aunque era una novela distinta; el quinto y el sexto llevaron los títulos *Los resentidos* y *El lagarto*, respectivamente. Todos estos libros los destruí.

(9) Alfonso Grosso, «Un soberbio escritor comprometido» *Andana*, 8 (enero, 1986), 20.

(10) Delibes se ha hecho un verdadero maestro en cuanto a la conversión de personas reales en personajes literarios. «El Barbas», protagonista de *La caza de la perdiz roja* y Azarías, héroe de *Los santos inocentes*, son ejemplos de este fenómeno. Durante una entrevista con Javier Goñi (*Cinco horas con Miguel Delibes*), (Madrid: Anjana, 1985), p. 531, Delibes dice lo siguiente de «El Barbas»: «Cazaba libremente porque tenía necesidad de matar para comer, pero nunca mataba la gallina de los huevos de oro, nunca cazaba más allá de lo que necesitaba». Sobre Azarías, Miguel Delibes, hijo contó al autor de este ensayo en una entrevista en junio de 1983 que Azarías se basaba en un gañán que trabajaba en una finca extremeña perteneciente a unos amigos de su padre.

atracción.⁽¹¹⁾ Es natural que apareciera ese tipo de cazador en la ficción delibeana y que se utilizara para mostrar el lado desaprensivo y sanguinario de la caza. Matías Celemín también es de una fisonomía repulsiva. Tiene unos ojos «grises y pugnaces como los de un águila» (p. 112) y una boca que muestra «unos atemorizados dientes carniceros» (p. 112). Como el Ratero, el Furtivo es un ser animalizado. Pero, Matías Celemín no respeta las leyes de caza ni las leyes naturales: «... en primavera y verano salía al campo con la escopeta al hombro como si tal cosa... » (p. 50). Resulta ser un poder destructivo que sirve de contrapunto y contraste con las prácticas ecologistas naturales y espontáneas del tío Ratero y del Nini.

Luis, el ratero de Torrecillórgo, es el tercer tipo de cazador que se observa en *Las ratas*. Es un joven simpático e inexperto que caza para divertirse. Viene de fuera y nunca llega a comprender la importancia de las ratas. Es decir, tampoco se preocupa por las piezas que caza. Cuando el Nini le amonesta por su falta de sentido común y preocupación ecológica en cuanto a la desaparición de las ratas, Luis replica: «¿Y quién va a llorarlas?» (p. 112). El tío Ratero, creyendo que Luis tiene la culpa por la misteriosa escasez de ratas, lo mata brutalmente con su pincho de hierro. Ingenuamente, el forastero se ha convertido en cazado y al final resulta otra víctima inocente de la brutalidad del campo castellano.⁽¹²⁾

A diferencia de los cazadores de *Las ratas*, Juan Lobón vive principalmente de cazar especies mayores. Y la mayor envergadura y variedad de sus piezas se reflejan a nivel literario también. Las anécdotas y peripecias cinegéticas que cuenta son mucho más diversas y entretenidas. Relata la cacería de un jabalí así:

Los cinco tiros los llevaba en el cuerpo porque el Goro lo volteó, se le enmendó y lo volvió a tirar partiéndole una mano. Entonces el animal tomó para Pablo, que le metió los dos tiros en el lomo y se lo volvió otra vez al Goro para que lo aliñara.⁽¹³⁾

Lobón también vive en una cueva y su oficio es tal vez más duro, cruel y cruento que el de los rateros. Dice: «Lo de cazador es eso, arrimarse al animal avisado y quedarse con él, con la escopeta o a bocados,... » (p. 61). Como el Ratero y el Nini, Lobón es

(11) Indicio del encanto que provoca en el novelista vallisoletano el hecho de escribir sobre este tipo rural es lo que dice del furtivo en *Catilla, lo castellano y los castellanos* (Barcelona: Planeta, 1979), p. 179: «La simple exposición de las taimadas artes del cazador furtivo darían tema suficiente para un largo y amenísimo volumen».

(12) Elizabeth S. Rogers, «Ellade's Concept of the Sacred in Miguel Delibes *Las ratas*» en *La Chispa* ed. Paolini Gilbert (New Orleans: Tulane University Press, 1981), p. 290. Dice: «El Ratero's final action is essentially an attempt to preserve his «real existence» which is being threatened from outside by the intrusion of Luis. Consequently, his attack on the poacher is no more than a defense of the sacred, a positive act identified with life itself».

(13) Luis Berenguer, *El mundo de Juan Lobón* (Madrid: Alfaguara, 1971), p. 127. Todas las referencias textuales provienen de esta edición en la página cuyo número se indica entre paréntesis.

un cazador nato; no sabe ni quiere hacer otra cosa en la vida que cazar. De esta necesidad y deseo de ser cazadores brotan la seguridad y autenticidad de todos estos profesionales. De ahí también surge su tragedia. Su oficio es una lucha continua para poder sobrevivir y su existencia se resume perfectamente con esta doctrina: *cazar o ser cazado*. El hecho de que Lobón sepa escribir e intente defenderse mediante su propia autobiografía, le hace un personaje mucho más complejo. El lector puede profundizar en su psicología mientras que los cazadores de *Las ratas*, al decir de Reyes Carbonell, son: «aludidos... el autor *alude* a ellos, los presenta; mas sin ahondar en su personalidad...».⁽¹⁴⁾

Como el Nini, Lobón tiene un alto grado de responsabilidad social y goza de hacer actos benéficos, sobre todo para los de su clase. Los dos constituyen el contrapunto a la falta de amor al prójimo que abunda en sus mundos.⁽¹⁵⁾ Lobón, como el Ratero y el Nini, es un ecologista nato. Una de las grandes preocupaciones del furtivo andaluz es el debilitamiento de la sangre de los venados de la Zarza, la finca donde entra a cazar, a causa del cruce de éstos con unos venados que don Gumersindo, el cacique, manda robar en otros cotos y llevar a su dehesa. Este temor ecológico corre parejo con la aprensión que tiene Lobón y los rateros en cuanto a la extinción de su propia casta.

Así, Juan Lobón es un compendio de lo cinegético y el uso literario de los cazadores de *Las ratas*. Sus aventuras y fechorías proporcionan una sarta de peripecias que forman el andamio sobre el que Berenguer construye su obra. Con las evocaciones de Juan Lobón, Berenguer sintetiza y critica la situación sociopolítica del hombre rural en el sur de España. Lobón representa la autenticidad, la bondad humana y el amor al prójimo. Es también el templete con que Berenguer compara y contrasta los otros personajes de su obra.

Juan Lobón no es el único cazador furtivo de la comarca. Hay otros tres que llegan a tener un papel interesante en su «autobiografía». El primero es Pablo, quien cuida a Juan cuando sus padres mueren. Escribe Lobón: «... Pablo para mí fue un padre y un hermano y un amigo» (p. 82). Es más, Lobón tendrá dos hijos de Encarna, la hija de Pablo. Juan aprecia a Pablo por su sentido del humor e incluso evoca las palabras de su amigo para descargar su relato de pesimismo. Un ejemplo:

—Sólo hay dos clases de tinto —decía—: el bueno y el muy bueno. Sólo

(14) Reyes Carbonell, *La Torre* 60 (1968), 259.

(15) Varios críticos han visto en el Nini una figura de Cristo. Rodgers, *op. cit.* (292). Dice: «In a general sense, he acquires the image of a child Christ-figure who unselfishly aids his fellow man». Dorothy Ewing, «The Religious Significance of Miguel Delibes *Las ratas*» *Romance Notes* 5, (1971), 196. Dice: «Throughout the novel the author makes similar oblique references to incidents from the *Bible* that point out resemblance between the life of Nini and that of Jesus». Mientras Lobón espera su sentencia, una mujer del pueblo le grita: «¡Juan, tú como Jesucristo, como Jesucristo!» (p. 405). Hay, pues, un evidente deseo de Berenguer de caracterizar al furtivo como una figura protectora y bienhechora.

que yo lo bebo blanco para no engordar. Se bebe blanco y se mea blanco. Se bebe tinto y se mea blanco también. Lo tinto, que se queda por dentro es lo que engorda. (p. 83).

Aunque el tono general de *Las ratas* y *Juan Lobón* sea uno de un pesimismo aplastante, de violencia y de una desesperanza irreparable, estas brisas humorísticas que el narrador furtivo introduce en su relato disminuyen esta carga negativa además de crear un estilo algo más ameno que el de *Las ratas*.

El Goro, otro amigo furtivo de Juan y Pablo, sirve para subrayar la violencia y la dureza de la caza profesional. La Guardia Civil le pega una paliza cuyo resultado Lobón resume así: «... estuvo muchos días diciendo bobadas y, después, le quedó como sordera y todavía está teniente del lado izquierdo,... » (p. 134). El Goro, pese a ser bastante bruto, es igual que Pablo, quien: «... no le tenía miedo a la miseria sino a hacerse más viejo y no poder cazar» (p. 133). Los dos amigos de Juan acaban doblegándose ante la presión de los terratenientes y se hacen guardas. Aun así, el legado de la caza les ayuda en su nueva profesión. Escribe Lobón: «Pero el Goro sí que fue un guarda de verdad... El sabía dónde había que ir a buscarlos (los furtivos) y cuándo estaba el tiempo para eso». (p. 188). Aunque don Gumersindo quiere que Lobón también se haga guarda, éste se niega diciendo: «Otros sirven para guarda, yo, no ». (p. 255). Lobón al igual que el Ratero, resiste las incursiones y presiones de una sociedad que quiere cambiar su manera de ser. A pesar de la defección forzosa de Pablo y el Goro, los tres cazadores no dejan de ser amigos. La hermandad cinegética forja en ellos un alto grado de cooperación y compenetración, una amistad entrañable que nadie puede alterar.

Otro personaje cazador de *Juan Lobón* es una mujer llamada la Martina. Lobón la describe así: «Martina tiraba como un hombre, pero era una mujer viciosa que le daba a todo: Al vino, la poca vergüenza, al chivateo, y a quitarte lo que podía» (p. 90). Es un tipo folklórico, celestinesco y picaresco con quien Berenguer sintetiza el ambiente desaprensivo en que se mueve Lobón. Sin embargo, al final, cuando Martina tiene que declarar ante un tribunal, no compromete a Juan sino a don Gumersindo. Ella también es del gremio.

El mundo de Juan Lobón se basa en la sempiterna lucha de clases de Andalucía y se centra en el conflicto entre los terratenientes y el cazador furtivo. Dice Pierre Vilar de la Segunda República: «Pero Andalucía siguió siendo anarquista, y la agitación recobró sus formas del siglo XIX: ocupaciones, talas de árboles, *cazas furtivas* y a veces incendios.»⁽¹⁶⁾ Estas represalias campesinas se observan en *El mundo de Juan Lobón* y éste con su sentido instintivo de la justicia y la honra personal, viene a ser una encarnación de las frustraciones y de la rebeldía latente del campesinado andaluz. Esta histórica escisión clasista raja el mundo de Juan Lobón en dos partes: los cazadores y

(16) Pierre Villar, *Historia de España* (Paris: Librerie Espagnole, 1975), p. 125. Los subrayados son míos.

los aficionados o escopeteros. A lo largo de su relato, Lobón hace un juego de escarnio de «los de las uñas limpias»:

¿Cómo pueden ser don Senén y don Gumersindo cazadores? ¿Dónde aprendieron esos saberes, si nunca pisaron el campo solos? (p. 11)

Lo subí a borricate y pude llevarlo arriba, ponerle la manta en el suelo, cargarle el rifle, decirle dónde se veía un cabrón... (p. 106)

Estos señoritos son tan falsos y pusilánimes como la «caza» que practican.

En *Las ratas*, el latifundio y los terratenientes también hacen acto de presencia aunque la tierra desigualmente repartida y el cacique (don Antero, el Poderoso), se presentan como aflicciones endémicas e ineluctables en la vida del pueblo y no se aprovechan como figuras y temas literarios. En *Los santos inocentes* (1979), Delibes explotará la figura del señorito cazador y el latifundio extremeño con gran éxito.

El lector de *Las ratas* y *El mundo de Juan Lobón* continuamente se ve forzado a preguntarse si estos cazadores no son más humanos, incluso más humanitarios que los terratenientes o potentados que intentan aniquilarlos. Estos prohombres, al igual que los regímenes autoritarios –en particular, el franquismo– que los han creado, sólo desean mantener el sistema feudal que desde hace años tanto les favorece. Su hipocresía e indiferencia provocan en los cazadores una angustia tan acuciante que no tienen más remedio que convertirse en animales si quieren conservar su identidad. La suprema ironía de estas novelas radica en que el sistema sociopolítico no sólo ignora a los desamparados sino que empuja a los cazadores –personas benignas, trabajadoras y autosuficientes– a destruirse a sí mismos.

Veamos brevemente unas similitudes estilísticas y estructurales entre *Las ratas* y *Juan Lobón*. Al principio de la novela de Berenguer figura un mapa titulado «El mundo de Juan Lobón», en él aparecen todos los hitos importantes para el cazador. Al igual que el mapa que inicia *Las ratas*, la representación de Berenguer pretende ayudar al lector a orientarse en un mundillo en que el *hábitat* es de suma importancia para los personajes y para la comprensión de la obra. La cartografía de Berenguer es superior a la de Delibes, ya que el mapa de éste es un simple esquema, mientras que el del novelista andaluz tiene escala, rosa náutica y refleja una geografía mucho más accidentada y variada. Asimismo, indica un ambiente y unas personalidades más complejas que los de *Las ratas*. Puede que Berenguer haya tomado este recurso de su amigo Delibes, pero indudablemente lo ha mejorado.⁽¹⁸⁾

(17) Este ambiente ha resultado ser muy propicio para el cine también. El éxito de *Los santos inocentes* y *La escopeta nacional* dan fe de ello.

(18) Véase la foto de las dos novelas en César Alonso de los Ríos, *Conversaciones con Miguel Delibes* (Madrid: Magisterio Español, 1975), p. 65.

Los mapas delimitan las «querencias» de los dos cazadores, el único sitio donde de verdad quieren vivir. Sin estos dos mundos, las vidas de los cazadores carecen de todo significado y ellos, al encontrarse sin dónde ni que cazar, se saben especies en peligro de extinción. Su fuero interno reacciona en contra de su situación de manera muy parecida de un modo muy de acuerdo con su inteligencia.

El Ratero no puede hacer más que repetir: «La cueva es mía». «Las ratas son mías». En su historia, Lobón, portavoz de todo su gremio, denuncia insistentemente a los señoritos que se divierten con «lo nuestro». En otra ocasión escribe: «Es tontería que yo lo ponga aquí, pero más dueño de todo aquello me sentía yo que todo lo que pueda sentirse don Gumersindo» (p. 115). El sentido de justicia y el territorialismo de los dos cazadores se remontan a los orígenes del ser humano depredador y el gran acierto de los dos novelistas cazadores es su habilidad de recrear estos sentimientos primordiales y despertar y apelar con ellos a las mismas emociones que existen –latentes– en el fuero justiciero de sus lectores.

Aunque Castilla tenga un paisaje adusto y desértico, no deja de encerrar cierta belleza para los que sepan apreciarla. En *Las ratas*, Delibes delata su amor a su región natal con breves estampas calculadas para indicar el atractivo del campo. Un ejemplo: «Los trigos componían una alfombra verde que se diluía en el infinito acotada por la cadena de cerros, cuyas crestas agónicas se suavizaban por el verde mate del tomillo... » (p. 96).

En *El mundo de Juan Lobón* también se atisba el aprecio si no la reverencia que guardan Berenguer y su protagonista para con el campo. Apunta éste: «Aquellas mañanitas con el relente, aquel verde del campo no volverán más... » (p. 81). Se observa que Lobón se mueve y caza en una geografía frondosa y accidentada: «En la bajera del río clarea el arbolado... Y desde el mismo río sube el monte con mucha pasta con un manteado de lentisco muy limpio» (p. 35).

En las dos novelas no sólo los cazadores sino todos los lugareños dependen de la naturaleza. La desesperanza y el patetismo de esta gente rural surgen de su constante enfrentamiento con las fuerzas políticas y naturales que dominan sus existencias. La extraña desaparición de las ratas, la helada negra y la devastación causada por una tormenta al final de *Las ratas* representa la situación descorazonadora (si no la agonía) en que se halla el campesinado castellano. Los aldeanos de *Las ratas* no son más que unas ratas humanas que también dependen del clima y de *hábitat* severos para sobrevivir. La rata, pues, viene a simbolizar la vida rural en Castilla. Al final de *Juan Lobón*, la comarca sufre una sequía prolongada que a su vez provoca la peste porcina y la mixomatosis, una enfermedad que diezma los conejos. El tono de las dos obras se vuelve progresivamente más pesimista ya que los rencores y rivalidades sociales, familiares y venatorios se amontonan y entremezclan precipitadamente. Todo el mundo intenta tomarse la justicia por su mano y la Madre Naturaleza, ente supremo del

escalafón sacionaturalista de las dos obras, parece reaccionar en contra de esta maldad universal castigando con impunidad a las dos regiones.

Dado el ambiente cinegético y rural, y la vocación venatoria de los personajes principales así como la afición de los autores de *Las ratas* y *Juan Lobón*, es natural que se llene de lo que Manuel Alvar llama un «metalenguaje» cinegético.⁽¹⁹⁾ Dice Matías Celemín: «... por una perdiz te dan cien reales... y cuatrocientos por un raposo (zorro) y no digamos por un tejo (tejón)» (p. 133). Casi al final de *Juan Lobón*, el preso describe su condición así: «Al paso de los días yo estaba ya como loqueando y a veces me liaba con la puerta a patadas, dando botes como un pájaro perdiz alicortado» (p. 396). Esta imagen cinegética subraya la fuerza del encarcelamiento de Juan Lobón, hombre montaraz e independiente que ha pasado toda su vida al aire libre. El lector barrunta que éste será el castigo del tío Ratero después de matar a Luis al final de *Las ratas*.

Todos los vocablos, expresiones e imágenes cinegéticas de las dos novelas sirven para crear e intensificar el ambiente venatorio además de prestar un aire de autenticidad a los dos libros. La extraña jerga cinegética mete al lector en el mundillo, o el *hábitat* de los cazadores. Son dos ambientes poco vistos, insólitos y desconocidos y el uso continuo de este lenguaje peculiar aumenta la sensación de foráneo que recibe el lector, estimulando así su curiosidad e interés. La nomenclatura cinegética fascina y desconcierta al unísono. Arropa y arrulla al lector, quien, sin darse cuenta, se encuentra en dos mundos en que cazar o ser cazado lo es todo.

Delibes y Berenguer explotan su afición a la caza, su amor a la naturaleza y el conocimiento personal de un cazador profesional real para crear *Las ratas* y *El mundo de Juan Lobón*.

Para ellos, sobre todo para Delibes, el cazador es un ser humano especial; ideal para plasmarlo en figuras literarias significativas. El gran acierto de los dos novelistas es su habilidad de compaginar a sus personajes cinegéticos con un ambiente rural repleto de contrastes y cuyo dilema principal es la ancestral falta de justicia del subdesarrollado campo español. Maestros del léxico campesino y cinegético, de la reproducción del habla rural y de la ironía, Berenguer y Delibes son capaces de conectar con sus lectores y producir en ellos una toma de conciencia obligándoles así a preguntarse: ¿Por qué esta necesidad de cazar o ser cazado?.

(19) Manuel Alvar, «Lengua y habla en las novelas de Miguel Delibes» *Bulletin Hispanique* 85 (3-4) 1983, (31)
Alvar define la palabra metalenguaje así: «... llamo metalenguaje a lo que en lingüística se dice *lengua de segundo grado*, que sería el conjunto específico de saberes de una determinada actividad, profesión, etc.»